

ARCHICOFRADÍA SACRAMENTAL DE PASIÓN



## MEDITACIÓN DE LA PASIÓN DE CRISTO

LORENZO MAESTRO CRIADO

SÁBADO DE PASIÓN, 8 DE ABRIL DE 2006

## PASIÓN, UNA PALABRA QUE LO EXPRESA TODO

Entre una confusión de voces que buscan un reencuentro o que buscan una admiración, destaca su figura. Alta pero cansada permanece. Y dice cosas de proyectos de vida, de futuro, de ilusión. Pero se margina a sí misma en esa intensidad de voces que se acumula en la puerta.

Cruza las manos. Agacha la frente. Y trata de avanzar.

Desde Él se ha derramado sin cesar una cantidad de miradas a todas partes y hacia sí mismo.

Ha sido un volcán.

En la Semana de Pasión, en todo año y fuera de toda memoria, fiel a la Palabra que tantísimo expresa, Pasión produce sobre la tierra sevillana la erupción de un volcán de fe. La Pasión, con sus manos atadas, derrama su lava y crea arroyos encendidos. Beso a beso, caricia por caricia, con el impulso atávico de amor que todo lo puede y que todo lo derrota, va fundiéndose el divino material de su madera con la mísera piel de nuestros labios.

Se ha provocado un año más el espectáculo de la Semana de Pasión de la naturaleza sevillana. La erupción del magnífico volcán de la Pasión. Inefable figura de Jesús. Adorable actitud de los fieles de Sevilla.

La Tierra explota, y sangra, para que así creamos en su Palabra.

En el principio existía la Palabra. Y la Palabra era Dios. La Palabra ha venido al mundo, se ha hecho carne, y ha morado entre nosotros. Ha sido enviada por el Padre para transmitirnos el mensaje de la Salvación. Y tras concluir esta misión retorna al Padre.

La Palabra es la Luz. La Luz verdadera, que es nuestra vida, penetra en las pupilas de cada hombre que aguarda el cortejo. Luz que todo lo crea, que todo lo hace, que todo lo puede, que a todos ilumina... Luz roja de su Cuerpo y de su Sangre. Luz que abate a las tinieblas del mal. Luz en la mano penitente de un antifaz tan alto que une el cielo negro de la noche del Jueves con la Tierra. Dominará esa Luz a las tinieblas, y trazará por las calles de Sevilla un resplandor nunca visto, milagroso, de gracia y de verdad.

He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, Siervo que limpia las almas, Elegido de Dios, Maestro.

Sobre el río de personas que de pie lo esperan esa noche, sobre el Jordán, se verá venir. Lo distinguiremos por esa Paloma del Espíritu Santo que son sus potencias posadas sobre Él. El río de gente no lo conoce, pero cree en su Palabra. Hijo de Dios. Rey de Israel, del mundo entero.

El cielo negro de la noche del Jueves se ha abierto. Sale de él, en su Misericordia, el Salvador, el Hijo del Hombre, que a hombros de sus costaleros, ángeles de Dios, baja hasta la Tierra.

Y moró su Palabra entre nosotros. Y fue predicada durante los tres años de campaña apostólica. La Palabra que sale de sus labios, miel invisible que impregna su comisura, es toda la sabiduría del Padre, creada antes de todas las cosas y creadora a su vez de todas ellas.

La nobleza del rostro del Señor rebosa esa sabiduría.

Supieron manos mortales plasmar con certeza el gran símbolo de la Redención. Jesús se ha hecho un más, como nosotros. Tan hombre y tan real, débil y fuerte. Pero ha revelado el secreto de Dios al mezclarse con nuestros antepasados. Nos ha enseñado cuál es la voluntad del Padre, y, a la vez, demostrado su amor por nosotros.

Darse hecho Palabra, supuso trazar una línea nítida y clara, trazar una guía para nuestra existencia.

La ruptura que supuso su Palabra hace dos mil años con el ideal de su época fue sinceramente una revolución. Una sociedad altamente jerarquizada como la judía de entonces, y dividida. Pero a su vez una sociedad sólida en sus principios, como lo demuestra la dominación romana, que fue una ocupación militar o una colonización superficial, sin dejar la huella que quedó marcada en otros enclaves de la geografía mediterránea. La sociedad judía debió sufrir entonces el cambio más absoluto y radical que jamás hubiera recibido otra.

Y ahí, sin embargo, le vemos cargado con cincuenta kilos de madera sobre un hombro. ¿Por ser una Revolución o por ser una Revelación su Palabra?

Nuestro Señor es la Revelación. Él acoge el ademán de la predicación y de la enseñanza. Él nos enseña a orar. Es el Padre comprensivo y noble que con bondad estrecha nuestra mano.

Es Jesús del lavatorio. Maestro superior, arrodillado ante sus aprendices. Es el pastor que llama una a una a sus ovejas, que las conoce y que las quiere. Él nos llama a cada uno por nuestro nombre. Seguimos al Señor porque conocemos su voz.

Fijaos en sus labios. Imposible que tanta perfección sea obra de unas manos de hombre.

¿Es posible no oír tu Palabra Padre, mirándote a la cara, leyendo en esos labios de miel?

Eres el Dios revelado. Hecho carne y hecho ejemplo.

Ejemplo para vivir. Tirar al suelo todo lo accesorio. Tirar esa manta tan espesa que nos distrae y que nos duerme. Y luchar denodado y feroz por un ideal.

¡Qué abrazo tan fuerte a un pensamiento! Pero sin cuchillos, ni hachas, ni espadas, ni sables, ni bayonetas, ni bombas, ni insultos, ni desprecios. Con la única arma de su Palabra, su voz, esa Luz que todo lo puede, y que a todos alumbra.

Y Él es Revolución. Pero no la de un agitador, como creyeron algunos, muchos por suerte y por desgracia, de nuestros antepasados. Él dio la subversión del orden del amor.

Pidió Jesús, nazareno, agua a la mujer samaritana, siendo ambos miembros de pueblos enfrentados. Aunque el agua que Él da es la que quita la sed para siempre.

Nos dio el hijo pródigo o la resocialización del delincuente si queréis, el perdón de los pecados.

Retó a escribas y fariseos a tirar la primera piedra contra la mujer adúltera. Ninguno estaba libre de pecado naturalmente.

Es Jesús de la Revolución. Jesús de los bienaventurados. De los que lloran. Padre de los pobres, de los hambrientos. Señor de los perseguidos, de los injuriados. Cristo de los odiados, de los pecadores. Padre de los marginados, de los trabajadores. Jesús de los ancianos. Padre de los huérfanos. Dios de los drogadictos, de los que buscan justicia. Mesías de los niños. Señor de los mutilados. Padre de los padres.

Recompensa hallaremos en el Cielo a su lado. La Palabra de la Revolución, y la Cruz de la libertad. Luz tan intensa después de dos mil años como lo fue entonces.

Revolucionario del amor, abanderado de la Redención. Luz del mundo.

Mostraste tu palabra el cada gesto  
y la Luz se hizo en nuestra vida.  
Fuente eterna de agua prometida,  
Cristo, voz en mis labios, mi protesto.  
Sobre el mar caminaste con arresto,  
aquel vino era agua convertida.  
Fue entonces tan cierta tu venida  
que la fe se hizo razón, ganó su puesto.  
Con una humanidad tan desbordante  
lavaste Tú los pies siendo Maestro,  
y viniendo del Padre, como vienes,  
y yendo a Él, divino caminante,  
eres sabiduría, Padre Nuestro,  
Y eres el pan, y todos nuestros bienes.  
Ahora si, Señor. En esta hora,  
cuando la Luz llama a la primavera,  
y entrega la flor lo que atesora,  
quisiera aquí dejar mi vida entera.  
Como el suelo nato que se añora,  
como el abrazo amigo que se espera,  
como el alma amada que se llora,  
ansío tus Palabras, tus maneras.  
Quiero de tus labios escucharlo,  
Jesús, un susurro, tu consuelo.  
Que estar delante tuya es tocarlo  
y tocar tu pie eriza el pelo.  
Quiero aquí, mi Dios, mi vida, dejarlo

y darme a tu Palabra y a tu anhelo.

Quiero Señor, quiero, enséñame solo no puedo. Quiero agarrarme a tu mano, que me la des, perdona el atrevimiento. Y que viajemos juntos por tu sendero. Muéstrame tu caminar recto y sincero, que mi vida está vacía, que mis ojos están ciegos.

Quiero aprender lo que dijiste, y saberlo de memoria. Y todo aquello que dices, que ahora mismo estas diciendo, hacerlo palabra mía. Imitarte ¡Dios! Si puedo.

Besar las ropas de Virgen de tu Madre, la Merced que está en el cielo. Ella me ayuda a seguirte como la mía lo hizo. Y va detrás de esa hilera de hábito nazareno vigilante, con manto de terciopelo.

Toma Señor mi Palabra, que la tuya está aquí adentro.

## REY CORONADO

Bajo altísimas piedras. Sobre enormes baldosas de mármol. Entre bancos alineados para atender a su magisterio, abigarradísimos altares, visiones místicas de su grandeza y unas verdaderas escenas de la Gloria. Con el temor de asistir a la presencia de Dios, superamos los gigantes que enmarcan a la Capilla Sacramental.

Ahí estás. Nuevo y a la vez eterno. Sorpresivamente bello. Clemente y compasivo. Coronado como emperador. Vistiendo hábitos de Rey. Y tocado en tu poder de oro y de rubíes.

Tu reino, por todos los siglos y por todas las edades se extiende desde el orto hasta el ocaso. Cada brillo de cada una de las estrellas de todo el firmamento va edificando tu templo proclamando tu nombre sin cesar.

Y ahí te vemos, coronado de forma triunfal por guirnalda de zarza común, de ramas secas.

Rey de la Resurrección de los muertos. Rey consagrado en el Monte Santo de Sión, ahora caminas hacia el Monte de la Pasión, hacia el Gólgota.

¡Qué sin sentido, qué falta de razón! El primero entre los primeros, el gran baluarte, ¡con una diadema hecha de espinos!

Vienes a liberar de sus desdichas al pobre, y al desamparado. Eres Rey, pero eres miserable, y te apiadas del que nada tiene.

Ese es el sentido de esta realeza empobrecida, de estos oros llenos de sangre. De estas ricas telas empapadas de tu sudor. La lección del sufrimiento coronado de perlas. El Cordero de Dios llevado al matadero, y obediente hasta la muerte.

## EL ÁRBOL DE LA CRUZ

La naturaleza, tan sabia y tan vital, contiene elementos que el hombre transforma a su gusto para darles utilidad. Un magnífico árbol, retador de leyes gravitatorias por su esbeltez y por su espiritualidad, parece que quisiera alcanzar el cielo. Un árbol significa la vida, y simboliza la fuerza de los elementos. Nosotros explicamos gráficamente los lazos que mantienen entre sí los miembros de una familia con un árbol, el tronco común de todos ellos.

Fue usado sin embargo para eliminar una vida.

No terminó con una vida más. Terminó con la vida de aquél que da la vida.

El gran árbol de la Redención, que une a los cristianos en la gran familia de la verdad, hace sangrar las manos del Señor. Fue su martirio.

Pero Jesús usó ese árbol como lo hiciera una locomotora. Transformando su madera en movimiento.

Él puso en marcha la gran locomotora de la cristiandad con su árbol. Y para nosotros el símbolo de la existencia de Dios y de la Salvación.

Sólo con poner sobre sus hombros el árbol tremendo, y dar Él su primer paso, ese divino tren inició súbitamente su inacabable marcha.

Una nube de humo negro y pitido ensordecedor precedieron a su arranque. Y la Cruz que alimenta las llamas, carece de final.

Y el trayecto no tiene fin. Y tu fuerza Señor es infinita...

Llegas a nosotros sin darnos cuenta. Cruzas por nuestra calle. Humilde, débil, abatido. La Santa Cruz araña el suelo. Tus manos la abrazan y tus dedos la pintan de rojo.

Pasas en silencio, en esa noche Santa, llena de ruán, de gente, de naranjos de plata, y uno de nosotros no resiste tu Pasión: corre tras de tí y la agarra.

Pesada carga de males. El universo encerrado en los brazos de madera. Un hombre venía del campo, y con manos encalladas, sin dudar acude al tajo.

Y la levanta, en su esfuerzo, doloroso trance ¡Dios! Para darnos ese ejemplo.

Está manchada de sangre, manchada de arena, y desprecio. Y pasea por delante de nuestros ojos sin velos. Túnica lisa, preciosa, de un perfecto terciopelo, no debería distraer el drama de esos dos hombres:

el uno, distraído, que ve pasar su pasión, y la aprieta,  
el otro que pasa, roto, Jesús, Nuestro Señor de Pasión.

¡Mil cirineos debiera haber cuando pasas por la calle! Tantos como los que ven, como lo vemos, cómo con la Cruz la abres.

Sólo esa muestra de amor por ti Padre. Porque tuve hambre y me diste de comer. Sólo por eso, y seguirte hasta el fin de tu trayecto, hasta el Calvario. Porque tuve sed y me diste de beber, yo, hombre del campo, que veo derramar la vida por la calle,

debo alzar tu madera,  
debo abrazar a tu árbol,  
quiero agarrar a tu vida.

## EL MILAGRO DE TUS MANOS

Te llevaron a todos los que encontraban, enfermos y mutilados. A los leprosos. Yo mismo estoy frente a ti. A todos los sanaste, de inmediato. Con poner sólo las manos, con extenderlas, sólo con rozar premiabas con tus manos tanta fe, tanto abandono a tu Palabra.

Yo quiero, Padre, tener fe. Que me cures de mi culpa. Quiero tus manos. Quiero creer.

Esas, tus manos santas, izquierda sobre derecha, repartieron pan y vino en tu última reunión. Fueron manos servidoras en el banquete del amor de mis hermanos.

Manos que dieron Luz en las tinieblas del mal cuando curaste al soldado que las ataba.

Unas manos que permanecerán atadas para no ser separada hasta su perforación por los clavos que nuevamente te clavan a la Cruz.

Manos atadas en el insulto de tu coronación. Manos atadas en el castigo de los azotes, como si fueran manos de ladrón. Ladrón que robas a los hombres su enfermedad, su incultura, su vileza.

Diste cada gota de tu sangre sin reparo. Te entregaste locamente.

Y ahora yo, después de darte tanto de regalarnos tanto amor, pido que me sigas dando. ¿Y qué doy yo? Sí, no pides nada a cambio. Pero ¿Qué puedo yo ofrecerte que merezca tanta misericordia?

Nos pasamos la vida apresurada. Y no pensamos que el amor que nunca acabarás de darnos es justo que se vea correspondido, aunque sea mínimamente.

¿Acaso no decimos que les queremos a los que nos aman y siempre procuramos demostrárselo? El amor a nuestro Padre tantas veces olvidado, guardado en cajones de recuerdo en este mundo tan desmemoriado, nunca te será devuelto del todo. Es imposible.

Pero es necesario ver en esta reflexión que esas manos que tú tienes atadas, seguirán por siempre amarradas si no te agarramos de la mano, si no te ofrecemos nuestra fe. Tener siempre presente tu existencia, te presencia. Saberte vivo, saberte cercano. Esas, tus dos manos tan divinas, tenerlas aferradas.

Lo tenemos fácil. Permaneces mansamente con tus dos manos atadas pero ligeramente elevadas, como manteniendo el equilibrio de tanto como nosotros te inclinamos. Lo tenemos francamente muy sencillo. Están tus manos unidas para que las agarremos. Debemos dar sólo un pequeño salto y viajaremos juntos. Manos atadas y unidas, nuevo mensaje de fraternidad, manos señalando a Dios.

Unas manos que curaban, unas manos que enseñaban.

Y que montaban en cólera defendiendo la oración ante los vendedores del templo. ¿De dónde nos expulsarías hoy? A pesar de todo ello nos ofreces tu mano misericorde para curarnos de nuestra falta de fe.

Gracias Padre. Nos invitas a abrazarnos a tu Pasión redentora, a tu cólera por la vida, a tu genio por tu ideal.

Nos incitas a seguirte, nos provocas Cristo con tus manos.

Te seguimos.

## TUS SAGRADOS PIES

Son tus sagrados pies, el camino que lleva hasta la Gloria. Seguir tus pies significa asumir nuestra condición mortal, y, sin perderlo de vista, perderlo todo con ellos. La redención figura en la meta de su marcha.

Nuestro Señor recibe en su talón la gran ofrenda del cristiano. Padres e hijos se postran sin memoria de sí mismos, uno a uno, ante el mítico punto de debilidad, en la más perfecta imagen de Dios humanizada, en la mejor representación de su realeza y de su altura. Y se le besa en el pie, en lo más cercano de nosotros, en lo más cercano del suelo posible, en esa tierra que Él abona y de la que procedemos.

Rozaron mis labios tu talón gastado. Yo rezaba al acercarme. Tú arriba, contemplando. Yo debajo, arrepintiéndome. Tú en el cielo, yo en el fango. Y sintiéndome crecido por tu perdón incondicional, vuelvo mi mirada y observo unas manos que, inconsciente, te acarician cuando besan. Unas manos inconscientes te acarician cuando besan en cada besapie. Unas manos arrugadas por el paso de los años, secas de regalar tanta vida, se aferran a ti. Con la promesa en los labios de nunca abandonarte, y la gratitud en la mirada, y con ese gesto tan indefinible en su rostro, como si jamás te hubiera visto antes, una anciana madre reconoce en ti la misma imagen de Dios. Y te pide, y te reza, y te besa, y te acaricia, y te llora. Los recuerdos riegan su mejilla, y entonces ya son pocos los ojos que tiene para ti. Un suspiro brota de su arrobado pecho. Tiene lleno el corazón.

Avanza la cadena de personas del besapie. Y una madre alza a su hijo para besarte, mientras que un hijo conduce a su padre anciano hasta el talón bendito. Desfila ante ti el drama de todas nuestras vidas.

La cadena de besos de tu besapie engarza también a la mujer pecadora en casa del fariseo. Poniéndose tras de ti, esa mujer comienza a llorar. Moja tus pies con sus lágrimas, con sus cabellos te los secas, besa tus plantas y las unge con perfume. Verdaderamente Jesús, quien más amor muestra, es el que recibe más perdón.

Jesús piadoso que curas nuestros males, deja postrarnos de rodillas, porque curaste todas nuestras enfermedades. Estamos ávidos de fe, señor. Abrimos con la boca

en cada besapie, la llaga del amor en tu divino pie. Tocamos tu llaga porque queremos creer, como Tomás, y la abrimos en tu pie porque creemos.

Pero un canto nuevo te dedicamos. Porque con nosotros Jesús, has hecho maravillas. Porque has vuelto a hacer explotar el azahar, y otro año más estamos aquí. ¡Rey! El mundo a tu lado camina seguro, sin vacilar. Elevado entre nosotros, como canta el salmo, Dios de las justicias, apareces. Alzado en la peana aterciopelada, Juez de la Tierra, das su merecido a los soberbios. Levantado sobre el pueblo en largas colas, Señor, te salmodiamos, porque sabemos que tu verdad y tu amor alcanzan los cielos.

Pero van a salir tus pies, vivos, en esa noche sublime de mantillas y de plata, para pisar las llamas de los matrimonios rotos, que se han devorado por el incendio de su mutuo desencuentro. En esa sublime noche del Jueves, tu divina piel va ha crepitar golpeando la orfandad y machacado el olvido de tantos ancianos en una tarde sin risa.

Tus pies Señor amansan los mares en la zozobra de nuestra pobre embarcación de hombres, y a su vez son tus pies la avalancha del río de nuestra vida, así como lo es el Nilo en el desierto.

Pero tus pies son nuestros pies.

Y estos son los pies que arrastran

Todo el dolor de lo humano

para salvar a las almas.

Toda la vida de un hombre

a una Pasión abrazada,

toda ilusión, todo gozo,

tu sabiduría, tu calma,

todo se arrojó a un sendero

de cuestras, rocas, de zarzas.

Salen tus divinos pies

y a los míos les sobran calzas.

Para dar un nuevo paso,

son estos pies que se aplastan,

y que aguantan la madera,

y que apenas se levantan  
para dar un nuevo paso...  
Nuestros pies son los que sangran.  
Y salen estos pies desnudos  
a esa roca fría, helada,  
en la noche de la luna,  
llena de azahar y plata,  
de mantilla, de saeta,  
de costal y de alpargata,  
salen esos pies desnudos  
a la rota piedra helada.  
Salen esos pies desnudos  
Y a mis pies le sobran calzas.  
Pero para entender mejor  
lo que a toda comprensión se escapa  
Sevilla te puso Señor  
un camino de azahar y plata.  
son estos pies tan serenos,  
que dulcemente se plantan  
caminando hacia el Calvario  
con apostura elevada  
el mismo apoyo de Dios  
que hasta la tierra se baja.  
Y son esos pies nuestra base  
de la Iglesia nuestra casa,  
incluso son los cimientos  
de un fe que crece, alcanza  
desde el sol, hasta la luna,  
desde el ocaso hasta el alba.  
Salen esos pies desnudos,  
Y a mis pies les sobran calzas.



## TUS VESTIDURAS

Tus vestidos carecían de costuras. Tu manto fue partido en cuatro. Tu túnica rifada por los soldados. Totalmente desnudo en el Calvario. Dolorosamente despojado, de todo. Mostrada al público tu carne sin tejidos. Crucificado desnudo. Ni siquiera un pequeño paño que hoy si figura en tus reproducciones. Entonces, Jesús, sufriste el martirio de la Cruz junto con la humillación doble de tu desnudez.

Señor, caminando hacia el Calvario, nuestro propio egoísmo te ha tejido una túnica de terciopelo de Lyon, la más cara que había entonces, hecha por el mejor sastre, con la tintada única e irrepetible. Egoísmo puro. Túnica que no dañe nuestra sensibilidad. Terciopelo magnifico que eleve nuestro orgullo de ser hermanos de Pasión. Hermanos acaudalados que vestimos con vestidos caros a nuestro Padre, que predicó la humildad y la pobreza, despojándole de su mensaje, y arrebatándose a sus verdaderos propietarios, que son los pobres, los desheredados.

¿Es posible no reconocer en tu rostro, Padre supremo, a un indigente? Abandono completo, dejadez absoluta. Carencia total de soberbia en todos los visos de tu divina cara. La sociedad te ha oprimido y te condena a caminar con la misma arma que te arrebatará la vida. Que eres hombre, a pesar de ser Dios, y sufres tanto como nosotros. Y sin embargo cargas con ese instrumento cruel de martirio.

Hemos sido nosotros los que te excluimos en la noche aciaga de tu agonía. Y te vemos hoy dormir en la calle, en el frío de la noche, entre cartones. Esa es tu verdadera túnica, no la que luces la noche plateada del Jueves Santo. La que te arrebataron vilmente los soldados en el monte Calvario y se repartieron. La misma que ahora abriga ínfimamente a aquél que no tiene techo. ¿Y qué hacemos? Seguimos mandándote al Calvario y dejándote totalmente desnudo. Nada hacemos por remediarlo.

Te adoramos, Cristo, y te bendecimos, y por tu Santa Cruz redimiste al mundo. Pero te volvemos la espalda. Negamos tu divina palabra, negamos conocerte, dándole al pobre la espalda, como lo hizo Pedro, en esa noche llanto amargo.

Ahora no te pido nada Señor. Ya bastante haces con tu amor. Pido a los hermanos de Pasión la caridad. Que sea nuestra verdadera túnica. Así nuestro Padre

estará completamente vestido. Soy consciente de que buscamos la caridad. Pero perseverar en ella es y debe ser nuestra meta. Caridad, caridad, caridad.

¿Qué sentimos ante la inmensidad del mar? Ese azul tan cristalino de la capa del cielo y su leve unión al agua. ¿Podríamos describir lo que sentimos en la mismísima orilla? Subamos por un momento a un cerro al pie de un valle, en la sierra. Los sentimientos son difícilmente descriptibles. Al referirnos a ellos nos remitimos a otros sentimientos similares, e igualmente complejos.

Es mejor sentirlos.

Una fuga recurrente es, con frecuencia, responder. Indescriptible, ni te cuento, lo tienes que ver, tienes que ir. No hay una explicación que valga. Cualquier intento de ello sería una elucubración. Mil palabras nada valen ante una sola imagen, como se suele decir.

¿Qué mejor reflexión de la Pasión que estar delante tuya Señor? Cualquier frase se queda corta si intentara describirte. Toda palabra mía sería vana, todas de hecho lo son, son vanas. Es infinitamente más útil mirarte. Divisar tu figura que camina por la calle, con toda la carga de sentido que ella tiene, de caridad, de amor, de ilusión, de esperanza, de fe, de generosidad y de locura. Todos los pecados concentrados en una misma alma ¿Cómo expresarlo? ¡Qué trance el de tu escultor al intentar tu imagen! Tuvo que verte sin duda. Tanta angustia, tanta humildad, tanto vacío.

Preparémonos ahora para nuestro propio trance. Verte salir por esta puerta. Y saber que Tú caminas inagotablemente. Esa es la mejor palabra. Porque resulta que es la tuya. Esa es la mejor reflexión. La mejor meditación es contemplar tu figura y aprender de tu Pasión.